

La república agrietada. Ensayos para enfrentar la peste

Carmen Mc Evoy. Lima, Planeta, 2021. 523 pp.



Estando próximos al bicentenario de la independencia del Perú, advertimos que la sociedad está agobiada por el temor, por las polarizaciones y extravíos que cada cierto tiempo azotan las tierras peruanas; pero que mantiene también un horizonte común, que busca un sentido en medio de este desconcierto y clama por esperanzas. El libro *La república agrietada* nos ofrece una ruta para la comprensión y la esperanza.

Conocí en persona a la autora del libro, Carmen McEvoy, durante un congreso internacional sobre la obra de Manuel González Prada, hace poco más de una década, en una pequeña universidad norteamericana ubicada en Baltimore, que nos ofrecía un lujoso hotel para los ponentes, mientras que los debates se llevaban a cabo en salones modestos que la alegría latinoamericana encendía. Ya había leído sus libros sobre la utopía republicana y sus investigaciones sobre Manuel Pardo, el primer presidente civil, cuya valoración en la historia política peruana se ha transformado debido a la agudeza y lucidez de McEvoy para convertirlo en un contemporáneo que nos interpela.

Por otra parte, también había leído con gran provecho un artículo suyo sobre Abraham Valdelomar, escrito desde las variables del escándalo y la nostalgia, una llave maestra para ingresar al complejo mundo de la sociabilidad y la sensibilidad de las culturas limeñas a inicios del siglo XX. Volviendo al congreso, ella debatió con energía y sin amilanarse un ápice con un mandarín de la izquierda peruana sobre el republicanismo radical de González Prada. Ahí constaté que estaba ante una intelectual que iba a contracorriente de nuestra tradicional y masculina

ciudad letrada, alguien dispuesto a pensar de otra manera la política y la cultura decimonónicas en el Perú.

Poco después presenté su libro *Soldados de la República. Guerra, correspondencia y memoria en el Perú (1830-1844)*, escrito al limón con José Luis Rénique, el historiador radical de risa estentórea. Este libro es una historia de los avatares privados y públicos de los principales actores de la república peruana, una indagación en los vericuetos de la cultura revolucionaria y de los caudillos, y un viaje por las formas retóricas del epistolario decimonónico. McEvoy demostró, con la ubicación, transcripción y edición de las cartas del mariscal Domingo Nieto, que ella podía ser también celosa guardiana de nuestra memoria histórica y sus soportes materiales, dispersados en tantos archivos del mundo por la negligencia y la incuria de nuestras autoridades. Un pedazo de papel escrito a mano hace más de 150 años puede contener una visión del mundo que nos ilumina hoy.

Cinco años después nuestros caminos volvieron a cruzarse. Gracias al entusiasmo de nuestra común amiga Susana Reisz, participamos en un proyecto de celebración del bicentenario que se denominaba Aula Itinerante, organizado por la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú en Cusco, Ayacucho y Arequipa. Para ello estuvimos en agotadoras pero fecundas jornadas de trabajo con docentes del lugar. Hasta hoy esa ha sido una de las experiencias más ricas de mi propia vida de académico. Recuerdo que desde el desayuno comenzábamos a hablar y discutir sobre la independencia y la prensa republicana,

mientras disfrutábamos de chaplas andinas. McEvoy era incansable y mantenía un buen humor a prueba de balas ante las dificultades absurdas que nos creaba la burocracia del Estado y su accionar formalista e insensato. He de añadir que el proyecto, como ya sospecharán ustedes, se desarrollaba en coordinación con el Ministerio de Cultura.

Un par de veces estuve en sus tertulias de su departamento en La Punta, con una vista maravillosa al mar, donde discutían y conversaban varones y mujeres de diferentes ideologías, pero todos comprometidos con la cultura y la historia del Perú. La palabra era la protagonista, pero detrás de la agudeza verbal, la paradoja, la ironía y otros recursos del (teatro) intelectual, se sentía el amor por el bien común y por la república inconclusa con promesas frustradas. Sí, qué duda cabe, pero todavía conteniendo posibilidades inexploradas que requieren de nuestras propias acciones para cristalizarse. Imposible no recordar las tertulias de Juana Manuela Gorriti en 1876, que reunían a literatos, políticos, pintores, músicos, que no solo hablaban, sino que también actuaban en pro de su patria, sin saber que el desastre se avecinaba.

En estos últimos años McEvoy ha ganado protagonismo en el espacio público y participa en varios proyectos conjuntos por el bicentenario, que para los decimonónicos es una fecha crucial. Contra vientos siniestros y mareas de desánimo, ella mantiene una actividad frenética, fundada en la confianza, en el otro y en la creatividad conjunta. Muchas veces he sido testigo de ello, por eso sé que no exagero. Adicionalmente, desde hace unos meses conversamos jueves y domingos muy temprano por el WhatsApp sobre las crisis que el país nos prodiga, los libros que estamos escribiendo, los obstáculos y locuras de la burocracia del Estado peruano. Son diálogos de antes del desayuno que han ido fortaleciendo nuestra amistad.

La pregunta matriz que nos desasosiega es cómo conmemorar una fecha tan significativa para la república en medio de la peste, la muerte y el colapso del sistema político. Creo

que el libro *La república agrietada* constituye una hermosa respuesta a esta pregunta. Sin duda, es un punto de quiebre en la carrera intelectual de McEvoy, por varias razones: no es un trabajo académico sino un libro de ensayos para el gran público; y su experiencia de columnista en *El Comercio* ha ido afilando su pluma, que ya ahora es experta en transmitir cosas complejas sin perder profundidad, mediante un lenguaje accesible.

La república agrietada está formado por un conjunto de textos, algunos de los cuales exploran con audacia la propia subjetividad de la autora, los gustos musicales, los afectos familiares, los entrañables lugares de la memoria personal, pero lejos de una mera narrativa del yo o de un autodocumento personal; se trata, más bien, de caminar con la autora las sendas de la racionalidad práctica, la sentimentalidad, la empatía, el descubrimiento conceptual, pues ellos son universales y terminan involucrando la especificidad del propio lector. La autora coloca este conjunto de textos en la misma senda de Michel de Montaigne, el fundador del ensayo moderno, este género híbrido que celebra la incertidumbre, la intertextualidad y la humanidad.

Actualmente, refugiados en nuestras propias casas, arrojados a un insólito tiempo propio, los que amamos la historia y la literatura nos sentimos a veces inútiles. Sin embargo, ese desasosiego invita al impulso agónico del ensayo para sembrar aporías, reflexionar desde la cultura y cuestionar el camino trazado por la utilidad y la necesidad. Este libro está organizado en varias secciones y cada ensayo tiene un título que invita a la lectura, como *el viaje imperdonable* o *escribir para sobrevivir* o uno más apelativo que emplea la letra de una salsa popular, *Oye, te hablo desde la prisión*. McEvoy conjuga la cultura canónica de las élites con las voces de la sabiduría popular, puede dialogar con Martha Nussbaum, disfrutar de Héctor Lavoe o del genial Leonard Cohen. La escritura es ágil, generosa en descripciones, sobre todo la naturaleza. A veces incluye pequeñas narraciones que van modelando una notable danza entre la microhistoria y la historia de las

ideas, entre el acontecimiento y el proceso. Algunos de sus textos guardan resonancias de otros que sus lectores ya conocemos, pero que han sido sometidos a un impecable trabajo de reescritura en pos de alcanzar nuevos lectores. Quizás hay un marco general para la escritura de estos textos, la pandemia y la fragilidad institucional de nuestra república. Estamos ante una escritura asediada por la muerte y el mal, pero que logra, en estas circunstancias tan difíciles, entregar ilusión y alegría al lector. Existe una discreta sabiduría, una razón práctica anglosajona combinada con una intensa emotividad latina en todo lo que escribe McEvoy, ya sea *El carnaval de La Punta*, *La fantástica aventura de Yma Sumac*, *El huarango*, *Francisco Bilbao* o *El suicidio de las repúblicas*.

La escritora acuña frases que son imágenes densas de nuestra experiencia como peruanos: “la república cocodrilo”, “la corrupción de todas las sangres”, “la fragilidad del bien común” o “la guerra como cultura política”. No se crea que solo hay diagnóstico y crítica; ella también confía y celebra los actos anónimos de millones de peruanos que permiten que el país siga adelante a pesar del inmenso daño que sistemáticamente se les causa, como ella misma escribe.

El título del libro es ejemplo de esta capacidad de síntesis en una sola imagen: *La república agrietada*. Inmediatamente nos sentimos todos convocados e interpelados. Como ella explica, se trata de convertir la fisura en algo que no se oculta, sino que se exhibe, pues es allí en esa fractura política o en esa prolongada división social donde

yace la fuerza para recomenzar, para volver a soñar con un horizonte común. Desde esta perspectiva, una grieta no separa, sino que articula, mediante un hálito de luz. Así, con esta imagen rectora, el lector inicia un diálogo, una escucha, una apertura multisensorial con imágenes y música, literalmente, a las dificultades que nos obligan. Este libro conjuga subjetividad, empatía y memoria; es un gran viaje intelectual con un mapa personalísimo de lugares, imágenes, sonidos e ideas del mundo. Una obra plural, dinámica, profunda.

La lucidez emotiva de McEvoy se enfrenta sin alardes contra la peste; y con la sonrisa de la sabiduría, aleja la catástrofe. Estos ensayos nos recuerdan que el Perú es una república agrietada, pero que en sus propias fisuras encuentra la potencia de la esperanza. La autora reconfigura tradiciones, explora con audacia la historia, traza asociaciones libres y multiplica los sentidos culturales desde dos espacios entrañables y excéntricos: La Punta y Sewanee, su montaña roja del norte. En tiempos de plagas, estamos ante un libro que celebra la eternidad de los momentos y la vida humana con una luminosa intensidad.

Marcel Velázquez Castro

Doctor en Literatura Latinoamericana por la Universidad Andina Simón Bolívar. Bachiller en Derecho y diplomado en Estudios de Género por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Licenciado y magister en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Enseña en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de La UNMSM, así como en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Ciudadanos sin República: de la precariedad institucional al descalabro político

Alberto Vergara. Lima, Planeta, 2021. 308 pp.



La obra de Alberto Vergara *Ciudadanos sin República: de la precariedad institucional al descalabro político*, es una recopilación de sus ensayos publicados entre los años 2013 y 2018. El autor analiza e interpreta la senda tortuosa y los vaivenes de la particular construcción de la democracia en nuestro país y los expone en cinco partes: I. Premisas, II. Alan revuelve, III. El ánfora y la incertidumbre, IV. Palacio de sorpresas, V. PPK, el breve.

Vergara plantea dos interrogantes claves que actuarán como hilos transversales en toda su obra: ¿qué define a nuestra época? y ¿cuál es su carácter y cuáles sus entornos? Asume el autor, a manera de referentes conceptuales, dos categorías analizadas políticamente como “promesas”, cuyas combinaciones en el tiempo —específicamente, en los inicios del siglo XXI—, sumadas a las complejidades socioculturales, estructuran la realidad política peruana. La primera categoría es el republicanismo, que se remonta todavía a nuestra primera Constitución de 1823, con sus promesas de igualdad, institucionalidad y ciudadanía; y la segunda es el neoliberalismo, que prometió libertad, mercado y emprendedores. Para el autor, el Perú actual se explica por el desequilibrio entre el cumplimiento exitoso de las promesas del neoliberalismo, por un lado, y el fracaso de las promesas republicanas, por el otro. Sin embargo, pese a este desbalance de promesas, el autor advierte que en estos últimos años existen más ciudadanos en el Perú, si comparamos, por ejemplo, con los tiempos del latifundio y del pongaje. Por lo tanto, en nuestro país existen cada vez más ciudadanos, pero, paradójicamente, sin República.

Ahora bien, como resulta imposible en esta reseña referirse a cada uno de sus planteamientos, nos interesa subrayar aquellos tópicos relacionados de manera directa con el tema educativo —aunque siempre será posible hacer una lectura educativa de todo fenómeno social, cultural y político—.

En uno de los ensayos de la obra, “Los maleducados”, ante la constatación de que en los resultados de aprendizaje siempre aparecemos por debajo de la media latinoamericana, y de que nos encontramos cómodamente instalados entre los mediocres de la región, Vergara se pregunta qué otro resultado podríamos esperar si su principal empleador y formador, el Estado, ha abandonado la educación paulatinamente durante las últimas décadas. Y es que ello obedece a que las élites económicas, casi siempre encaramadas en las decisiones de los gobiernos, han señalado sin rubor alguno, durante este período de crecimiento económico, que la educación no es responsabilidad del Estado sino de la sociedad civil. Bajo esta concepción se crearon las condiciones para incrementar los procesos de estratificación y exclusión social, en especial de los grupos sociales más populares. Para los neoliberales, el Estado no puede ser el principal proveedor de educación, por lo que se debían generar las condiciones para que cualquier privado pudiese abrir, organizar o mantener establecimientos educativos. Las consecuencias más evidentes de este paradigma altamente privatizador y basado en la competencia son una cada vez mayor segregación social y un aumento de las desigualdades económicas. A decir del autor, la escuela peruana no es ruinosamente únicamente por su incapacidad para transmitir conocimientos, sino que,